

EL ENIGMA DE LA RAMA CORTADA

A finales de los años cuarenta del pasado siglo XX, Enguera vivió un extraño pasaje que estuvo cercano a convertir la denominada partida de “Las Turmas” en lugar de peregrinación religiosa. Dicha partida se encuentra situada a unos tres kilómetros del pueblo, en la carretera que conduce al caserío de “Benali”. Pasado lo que hoy es un importante complejo dedicado a la fabricación de áridos, conocido como “Gravera ARISAN” y cercana a la partida del “Pelao”, en el margen izquierdo de la carretera en dirección a la serranía, una pedregosa campiña de olivos fue la protagonista de esta secuencia en la vida de nuestro pueblo. Este acto de imaginación del ser humano pudo, quizá, en siglos pasados, haberse convertido, como cito al principio en un centro de fervorosa peregrinación aunque, al final, sólo quedó en una curiosa anécdota.

Había comenzado la primavera. Hacia unos meses que había finalizado la recolección de la aceituna. El dorado aceite llenaba de nuevo, un año más, los “charrones” y depósitos de varias familias cuyos únicos ingresos dependían de él y de algún salario ocasional. Ese año, la cosecha había sido abundante en la mayoría de campos, por lo que el pueblo en general se sentía satisfecho y tranquilo, sabiendo que, cuando había aceite, no faltaba la comida, unos por ser cosecheros, otros por los salarios que a muchos representaba, los tres largos meses que duraba la temporada.

Se podían contar por cientos las personas que, de diferentes edades, cada mañana marchaban al “tajo” por los diferentes caminos. Como yo reseño, los había de corta edad, que abandonaban la escuela durante esos meses porque con su corto salario, como pequeñas hormigas, engrosaban el presupuesto familiar. En los atardeceres ocurría lo mismo: largas caravanas de carros, mulas y personas regresaban hacia sus hogares. Unos iban cantando, otros comentando los “barchines” o sacos que ese día habían sido capaces de usurpar a los recios olivos, varios de ellos centenarios que, orgullosos y tristes a la vez, se resistían a desprenderse del fruto, pese al duro vareo al que los dueño les sometían cada año. No obstante, si éste era generoso con ellos, y a poco que ayudaran las lluvias, al siguiente otoño-invierno, tratarían de superar su producción.



Tras la larga y esperada temporada de recogida del fruto, llegaba la de la poda. Esta duraba quizá más tiempo que la anterior, puesto que el trabajo era más complicado y no todos sabían realizarlo. Eso, unido a la falta de herramientas de las que hoy ya gozamos, obligaba a realizar el trabajo manual y, por tanto, más lento. Había que aligerarlas de leña, con el fin de que pudieran soportar mejor los largos meses del año en que muchas de ellas sobrevivían en campos de escasa tierra y sin regadío. Las raíces de los sufridos olivos luchaban por incrustarse bajo las abundantes losas para poder encontrar algo de frescor que los aliviara.

La poda seguía su ritmo habitual. Los podadores “escombradores” cortaban las ramas que según ellos habían dado ya el fruto suficiente, con el fin de dar paso a otras nuevas que crecían con energía. De nuevo venía el sufrimiento de estos generosos y agradecidos árboles. Al cortar una rama brotaban lágrimas sangrantes de savia de

aquella que, ya sin vida, caía al suelo sobre el lecho de tierra, junto a los pies del podador que, “estraleta” en mano, contemplaba y elegía la próxima rama a podar. Algunas de ellas servirían de pasto al ganado; otras, en cambio, serían devoradas por el fuego en una hoguera, en el mismo campo y ante los ojos de los olivos que, horas antes, les daban vida.

Fue en estas labores de la poda, cuando se dio el inicio de la anécdota recogida. José Fernando Vila Pérez fue uno de los varios podadores que, esparcidos por los



campos, canturreaban entre los olivos, en compañía de los también “escombraores” José Sanchiz, de la familia de los “garroferos”, y su primo Jaime. Los olivos de referencia eran propiedad de Josefina “la colorá”, casada con el conocido como “Modestico” –Hoy dicha campiña ha sido absorbida por la Gravera–.

Cuando el tío Fernando “calzana”, como le gustaba que le llamaran y uno de los que, esparcidos por las orgalejas, canturreaban entre los olivos, cortó una rama y quedó fijamente mirando el corazón de la misma, le pareció ver una imagen que podía representar la Virgen. El sudoroso jornalero, tras unos momentos de incertidumbre, decidió llamar a sus otros dos compañeros que, extrañados, acudieron rápidamente. Al observar lo inexplicable para ellos, tuvieron la ocurrencia de, con gran paciencia, calcar la extraña imagen sobre un

papel de los usados para liar los cigarrillos de picadura de tabaco, logrando reflejar en el papel la pequeña figura que representaba el corazón de la rama cortada.

Pasado el primer impacto emocional, cada cual continuó en su tajo hasta agotar la larga jornada de labor. Cuando el tío Fernando llegó a su domicilio, supongo que con toda la buena voluntad y parte de inocencia, lo comentó con su familia que le escuchó sorprendida el relato.

A la mañana siguiente, apareció en el bar al que diariamente acudía de madrugada, antes de marchar al campo, con el fin de tomar con otros podadores y peones del campo, la típica “cazalla” o “barrechat” (hoy tomarían café y copa, como los pudientes de entonces), para aclarar la voz. Aprovechó el momento para hacer un relato de la visión que había tenido el día anterior. Unos la interpretaron como broma, pero otros también comentaron que a ellos les habían aparecido figuras de diferentes tipos. Él en el bar y su familia con los vecinos inocentemente comentaron el suceso; pronto la noticia se divulgó por el pueblo, como el dorado aceite de la última cosecha había penetrado en la mayoría de viviendas.

Pronto, los vecinos que, los días festivos, tenían por costumbre pasear por la carretera de entrada, desviaron rápidos su recorrido para marchar a visitar el misterioso olivo, que se encontraba junto a la carretera de Benali. Unos volvían convencidos de que aquella aparición tenía mucho que ver con la generosidad de la cosecha obtenida ese año de los olivos. Otros, no tanto. Yo, que fui uno de los cientos o miles que acudieron al enigmático olivo, todavía retengo en mi memoria aquel dibujo de color anaranjado que, por la longevidad del árbol, se había formado en el corazón de aquel brazo de olivo. Y he de confesar que, en realidad, tenía la apariencia de un cuerpo humano, cubierto por un manto.

Los enguerinos estábamos divididos. Era un momento de la historia muy especial para otorgar a hechos, como el que nos ocupa, el valor de manifestación espiritual. Algunos vecinos, tímidamente y en reuniones íntimas, debieron de creer que así era y siguieron visitando el lugar en pequeños grupos. Pero la mayoría no le dio tal don al hallazgo. No obstante, la curiosidad humana les llevaría a verificar la noticia del hallazgo en el mismo escenario de los hechos. Pero, como siempre ocurre en estos acontecimientos, queda un pequeño grupo que da crédito y veracidad a estas cuestiones, otorgándoles el valor de señal divina de algo que estaba próximo en llegar. Tanto fue así que, según comentarios puesto que yo no lo vi, cada miércoles, día de la semana en que el podador había cortado aquella rama, un grupo de creyentes a media tarde, tras el descanso de sobremesa, acudían a contemplar aquella imagen, rosario en mano, en espera de una señal que no llegaba.



Fueron transcurriendo los meses y llegó de nuevo el otoño sin que hubiera surgido ninguna novedad. El mal tiempo y la lluvia impedían que muchos miércoles se pudiera realizar a pie la visita semanal a lo que se le dio el nombre de “Virgen del Olivo”. No obstante, seguían reuniéndose en casa de alguna persona para rezar el rosario en honor a ella.

En una de aquellas reuniones vespertinas, la dueña de la casa, que era la de mayor edad, quedó como en trance. Estaba soñando y en su sueño hacía realidad su deseo:

En el cerro donde se encontraba el olivo había construido un enorme santuario, con cuatro torres que pendían de un cuerpo central, imitando el tronco y los cuatro “simales” de un olivo centenario.

La carretera se había convertido en una gran avenida, en la cual, todos los edificios eran hoteles para albergar a los peregrinos que acudían en grandes cantidades a todos los rincones del mundo.

Junto a la rambla que había próxima, en lugar de las “paleras” con “higos chumbos”, crecían enormes rosales llenos de flor. La gran abundancia de “enchilagas”, que se esparcían por el cerro, aparecían cual geranios de todos los colores. De lo que en otros tiempos fueron las llamadas “matujas”, brotaban tallos de aromática lavanda. De los romeros, bellos nardos; de los palmitos, blancas azucenas que, al cortarlas, se convertían en brillantes candelabros con los que alumbraban el santuario. Todo el cerro se había convertido en un extenso jardín...

En el interior del templo no había imágenes que representaran santo alguno. Sólo al fondo, tras un sencillo altar de rústica piedra, donde se celebraban los oficios religiosos pendía un enorme cuadro, pintado al óleo, representando un olivo al que le habían cortado uno de sus cuatro brazos, el cual yacía en el suelo. Del muñón que todavía quedaba en el olivo, brotaban gotas de savia, que caían sobre un hacha de brillante filo, que reposaba en el tronco. Junto a la gran puerta de entrada, había un enorme olivo real, en el que los frutos persistían durante todo el año.

Todo esto salía de boca de Doña Amalia que, en su éxtasis emocional, era lo que creía estar viendo, y así lo transmitía a las compañeras de rezo. En el delirio de su fantástica pesadilla,...

... seguían acudiendo a ese imaginario santuario, todos los miércoles, el cuarteto de feligresas para rezar el rosario. Pero en una de esas visitas ocurrió algo inusual y que les llevó al zenit de sus creencias. Cuando llegaron a la puerta del santuario, al sacar de sus estuches los rosarios, la Sra. Amalia comprobó que el suyo estaba vacío. Seguramente con las prisas, debió dejarlo olvidado sobre la mesa. Entonces, se acercó al olivo y, ante la mirada de sus compañeras, comenzó a coger aceitunas, tantas como correspondían a las tres sartas de cuentas de un rosario. Las fue metiendo en uno de sus bolsillos y penetraron en el templo. Arrodilladas todas frente al cuadro del olivo dieron comienzo al rezo. Al tiempo que rezaban la oración correspondiente a cada bolita, la Sra. Amalia pasaba una aceituna del bolsillo derecho al izquierdo; así sucesivamente hasta acabar las oraciones. Instantes después salían del imaginario templo. Al pasar junto al olivo del cual había cogido las aceitunas, quiso devolvérselas, dejándolas debajo de éste. Cuando la Sra. Amalia saco la mano del bolsillo no fueron aceitunas lo que en él llevaba, sino un rosario de verdes esmeraldas.

Se había conjugado la transformación del deseo de la Sra. Amalia, para gozo de ella. Cuando despertó se encontraba sola con un rosario color negro en sus manos.

Y ésta es la historia que, para el lector, he fabulado en torno a la visión que creyó encontrar el podador en aquella rama de olivo en una lejana tarde de primavera.

En la villa de Enguera 2012

JOSÉ MARÍN TORTOSA